

**KALYNN BAYRON**

**ESTE  
DESTINO  
CRUEL**

FANDOM BOOKS

Título original: *This Wicked Fate*

1.ª edición: octubre de 2022

© Del texto: Kalynn Bayron, 2022

Publicada por acuerdo con Bloomsbury Publishing Plc., New York, New York, USA. Todos los derechos reservados.

© De la cubierta: Bloomsbury Publishing Plc., 2022

© De la traducción: Paz Pruneda Gozávez, 2022

© De esta edición: Fandom Books (Grupo Anaya, S. A.), 2022

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

[www.fandombooks.es](http://www.fandombooks.es)

Asesora editorial: Karol Conti García

Ilustración de cubierta de Raymond Sébastien

ISBN: 978-84-18027-61-1

Depósito legal: M-16416-2022

Impreso en España - Printed in Spain



*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

**KALYNN BAYRON**

**ESTE  
DESTINO  
CRUEL**

Traducción de Paz Pruneda Gozávez

**FANDOM BOOKS**

# CAPÍTULO 1

*Chrysanthemum sinense*. Nombre común: *mum* o de pompón.

**L**os crisantemos de pompón blanco simbolizan tristeza, muerte y una pena inagotable. La fachada de la casa del 307 de Old Post Road se había cubierto con docenas de ellos, todos retorcidos y orondos como capullos. Unas buganvillas moradas se habían deslizado cual serpientes para entrelazarse con las ramas de la garra del diablo, de espinas carmesíes afiladas como colmillos y hojas de un púrpura oscuro casi negro. En los oscuros pasillos, la estructura de madera parecía gemir en protesta por el asfixiante abrazo del follaje. Las plantas me habían rodeado para proteger mi dolor, pero era como intentar contener la marea: un acto inútil y, en definitiva, imposible.

Amá estaba muerta. La propia diosa Hécate iba a retenerla en alguna parte del inframundo durante un ciclo completo de la luna. Tenía la posibilidad de recuperarla, pero solo si conseguía hacer lo que no se había logrado nunca: reunir las seis partes del corazón de Absyrtus. Una misión imposible. O al menos así me lo había parecido hasta que llegué a la escena que se desarrollaba en la habitación delantera.

Circe, la hermana de mi madre biológica, a la que creía muerta hasta ese mismo instante, estaba frente a mí como una aparición. Sin embargo, no era una presencia espectral, estaba viva y

respiraba, un tanto alterada quizá, si es que la expresión dolorosa de su cara reflejaba lo que sentía en su interior. Las lágrimas empañaron mi visión e hicieron más difuso su contorno.

No lograba distinguirla bien. Se parecía a mí: la misma piel marrón oscura, ojos de un castaño intenso, incluso llevaba unas gafas enormes como yo. No había estado delante de alguien con quien compartiera los mismos lazos de sangre desde que era un bebé y, además, no conservaba ningún recuerdo de aquella época.

La mirada de Circe me recorrió de arriba abajo y sus labios se separaron para volverse a cerrar, como si luchara por encontrar las palabras correctas.

—¿Cómo es posible...? Se supone que no deberías estar aquí —dijo con voz ahogada por la emoción—. No lo entiendo. ¿Qué está pasando?

La doctora Grant, directora de la Oficina de Seguridad Pública de Rhinebeck, se adelantó y se alisó la chaqueta antes de hablar con mucha suavidad, como si le preocupara la reacción de Circe.

—Sabíamos que algo no iba bien, pero no teníamos claro de qué se trataba. He estado muy atenta, intentando encajar todas las piezas.

Circe se sulfuró, como si la voz de la doctora Grant hubiese irritado cada fibra de su ser. No volvió su rostro hacia ella y, en su lugar, mantuvo los ojos clavados en mí.

Ma me rodeó con su brazo.

—Creo que antes necesitamos presentarnos —sugirió conciliadora.

Circe miró a Ma y su expresión se suavizó de inmediato.

—Por supuesto. Lo siento, soy... Soy Circe Colchis, y ella es Perséfone Colchis.

Señaló a la alta mujer con trenzas que estaba al lado de Marie y de Nyx, su... no estaba segura de cómo definir su empleo, pero «guardaespaldas» parecía lo más adecuado.

Perséfone.

Ese era un nombre que conocía, e incluso en medio del millón de complicados sentimientos que me abrumaban, no pude evitar emitir un jadeo.

Circe parpadeó varias veces y respiró hondo.

—No *esa* Perséfone —sonrió nerviosa—. Ella es tu..., bueno, una pariente lejana.

—Esta es mi madre, Angie —indiqué, agarrando a Ma por la cintura—. Y yo soy Briseis Greene.

—Lo eres —dijo, con un suspiro—. Realmente eres tú. Briseis. Y estás aquí, de pie, delante de mí.

Abrió la boca y luego la cerró, como si le faltaran las palabras.

Dirigí la vista a las dos urnas cerradas que había depositadas en la entrada. El pulso que emanaba de ellas me ponía nerviosa. Podía sentir cómo los lentos y regulares latidos reverberaban en mis huesos.

—¿Posees otras partes del corazón? ¿Cuántas? ¿Dos? —pregunté.

Circe asintió. Hice recuento de todas las piezas en sus distintas formas. Teníamos el elixir de la vida, las dos nuevas piezas en sus urnas, y también a Marie, que había sido transformada por el poder del corazón. No sabía si eso aún contaba, pero es lo que había, y en total sumaban cuatro partes. Necesitábamos las seis si queríamos tener alguna esperanza de traer a mi madre de vuelta de dondequiera que Hécate la retuviera.

Circe se volvió hacia la doctora Grant.

—Creo que deberías marcharte.

La doctora sacudió la cabeza.

—Ella nos ha estado ayudando —expliqué.

—¿Ayudando? —repitió Circe. Dio un paso hacia la doctora—. ¿Y de qué modo has estado ayudándolas, Khadijah?

La doctora Grant se abanicó con la mano.

—Circe, por favor. Me he dejado la piel para intentar descubrir lo que estaba sucediendo aquí. Sabía que no era posible que estuvieras implicada, pero no logré atar cabos hasta que fue demasiado tarde.

Circe se apartó de ella. Sus ojos centelleaban con lágrimas furiosas.

—Por favor, no me dejes fuera otra vez —dijo la doctora Grant. Su tono era de súplica, como si le hubiera roto el corazón—. Sabes que intenté ayudar a Selene. Daría cualquier cosa por traértela de vuelta.

—Es la última vez que pronuncias su nombre delante de mí —advirtió Circe con un tono tan afilado que hizo que un escalofrío me recorriera la espalda. Más valía no meterse con esta mujer—. No digo que no hablemos, pero no será ahora mismo, y menos cuando intentas hacerme creer que me estás haciendo un favor. Necesito que te marches.

La doctora Grant asintió y se deslizó despacio por delante de Circe. Al pasar, posó una mano en mi hombro.

—Lo siento mucho, Briseis. Pero si alguien puede ayudarte ahora mismo, esa es Circe.

Hizo un gesto de asentimiento hacia Ma y se marchó sin decir nada más.

Nos quedamos un momento en silencio mientras el coche de la doctora Grant abandonaba el sendero de entrada.

—Khadijah me contó que alguien fue a buscarte —comentó Circe—. Dijo que apareciste aquí convencida de que yo quería que vinieras.

Su voz despertó algo en lo más profundo de mi memoria, algo que no fui capaz de identificar. Era una sensación familiar y a la vez desconocida. ¿Acaso la conocía? ¿Acaso mi mente conservaba algún recuerdo de ella? ¿Algún recuerdo de su voz?

—Hubo una mujer —repuse—. Se hacía llamar Melissa Redmond, pero su verdadero nombre era Katrina Valek. Ella admitió haber matado a Selene.

Ma jadeó. Al principio me sorprendió su reacción, pero enseñada caí en la cuenta. Mientras yo iba por ahí mintiendo a mis madres, algo que nunca se me había dado bien o que no había tenido motivo de hacer a menudo, comprendí que no había considerado una información muy importante. Ma no apareció en la

botica hasta después de que la madre de Karter admitiera en voz alta que había asesinado a mi madre biológica, Selene, con el propósito de obligar a Circe a rescatar el corazón encerrado en el Jardín Venenoso.

—¡Bri, Dios mío! ¿Por qué no me lo dijiste? —protestó Ma con un sorbetón, mientras las lágrimas se agolpaban en sus ojos—. ¿Cuánto tiempo has estado ocultándolo?

—Me lo dijo justo antes de que... antes de que... —Me mordí el labio hasta que el sabor metálico de la sangre inundó mi boca. Me negaba a decir las palabras «justo antes de que matara a Amá» en voz alta. Era demasiado duro.

Las hiedras que revestían la casa se arrastraron a través de la ranura inferior de la puerta de entrada, para llegar hasta mí. La mandíbula de Circe se tensó en una dura línea al observar a las plantas reaccionar a la oleada de tristeza que me atravesó. De pronto se tambaleó y las piernas se le doblaron bajo su peso. La mujer a la que había llamado Perséfone estuvo a su lado en menos de un pestañeo. Cruzó la habitación a una velocidad inhumana y agarró a Circe antes de que se desplomara. Intercambié una mirada con Marie, quien asintió a su vez, confirmando lo que ya sospechaba. Aquí había otra persona transformada por el corazón. Otra parte viviente del mismo. Ahora sumaban cinco en total.

Ma miró hacia el suelo y sacudió la cabeza confundida. No solo debía asumir todo lo que estaba viendo y conociendo por primera vez, sino que tampoco había sido testigo nunca la velocidad de movimientos ni la fuerza sobrehumana de Marie. Necesitaríamos tener una conversación seria en algún momento, lo antes posible.

Apreté su mano.

Perséfone llevó a Circe hasta el sofá y se inclinó para mecerla entre sus brazos. Era evidente que aún seguía llorando a su hermana Selene, y mi corazón se apenó por ella. Yo también lo lamentaba como nunca hubiera imaginado. Estaba procesando demasiadas cosas a la vez, y me preocupaba no poder soportar mucho más.

—¿Dónde está ahora esa tal Redmond? —increpó Circe entre dientes, con ojos entornados.

Un escalofrío me recorrió cuando la imagen de los pavorosos y enloquecidos ojos de la mujer regresó a mi mente.

—Está muerta.

Circe alzó la vista. El pañuelo marrón oscuro que cubría su cabeza resaltaba el tono castaño de sus ojos; unos ojos muy parecidos a los míos.

—¿Muerta?

Afuera se oyó un crujido, y una maraña de enredaderas se pegó a la ventana. Los rojos colmillos de la garra del diablo arañaron el cristal como unas afiladas uñas. Circe levantó una mano y, sin siquiera mirar hacia allí, agitó la muñeca. Las enredaderas se apartaron del cristal. Ejercía un control absoluto sobre su poder, que parecía ser el mismo que el mío.

—Después de todo este tiempo, creí haber dejado atrás el pasado y avanzar, pero... —dijo casi para sus adentros, y se detuvo de golpe antes de inclinarse hacia delante—. ¿Qué es lo que sabes? No quiero hacer o decir nada que pueda disgustarte, pero son muchas cosas.

Ma parecía entrar y salir de un estado de confusión. La conduje hasta el sofá frente a Circe y nos sentamos.

—Te diré lo que sé —propuse—. Y así tal vez puedas llenar los huecos.

Circe asintió y yo traté de ordenar mi mente.

—La señora Redmond descubrió mi existencia. No sé exactamente cuándo ni cómo, pero hace unas semanas se presentó en nuestro apartamento de Brooklyn. Dijo que habías fallecido y que me habías dejado la casa y las llaves. También comentó que me habías escrito unas cartas para que solo yo las leyera. —Me quitó el cordón que colgaba de mi cuello con las llaves y lo dejó sobre la mesa—. Me mintió en todo, y ahora no sé lo que debo hacer.

Circe sacudió la cabeza y empujó las llaves hacia mí.

—Puedes quedarte con la casa, Briseis. Puedes quedarte con todo lo que me pertenece. Nada de eso me importa ya. Me marché

de este lugar hace muchos años —suspiró pesadamente—. No sé cómo decirte esto, y espero que no lo tomes a mal, pero no dejé la casa ni a ti ni a nadie. Obviamente no estoy muerta y no escribí esas cartas.

—Lo sé. Todo eso ya lo suponía. Bueno, la mayor parte. Aunque no esperaba que aparecieras. Eso puedo asegurártelo. Creí que estaba viendo a un fantasma.

Ma cerró los ojos con fuerza.

—¡Oh, Dios, no permitas que sea un fantasma!

Circe apretó los labios y se ajustó las gafas.

—No te preocupes. No lo soy.

Por la forma en que lo dijo, no parecía que no creyese en fantasmas, sino que no era uno de ellos. Tuve que contenerme para no pensar en lo que significaba aquello. Después de todas las cosas que había visto, nada era imposible.

—¿Qué decían esas cartas? —preguntó.

—Eran instrucciones. Como una especie de búsqueda.

Comprendí que en realidad la señora Redmond no tenía ni idea de lo que yo podía, o no, hacer. Ella supuso que había heredado mis dones de mi madre biológica, aunque no estaba segura del todo. Entrar en el Jardín Venenoso habría podido matarme de no haber sido inmune, pero se había arriesgado al considerarlo como parte del juego. Esa idea me hizo odiarla todavía más. Apreté las manos hasta que me dolieron los nudillos.

—Tú..., es decir, la señora Redmond en tu nombre —proseguí— me decía que había un lugar en el bosque donde podría encontrar las respuestas que estaba buscando. Seguí las instrucciones y encontré el jardín y todo lo que está oculto en él.

Circe se recostó de nuevo en el sofá y se llevó una mano a la boca, antes de cruzar y descruzar las piernas. Luego giró la cabeza hacia la botica.

—¿Y encontraste las respuestas que andabas buscando?

Vacilé un instante. Lo que encontré fue un lugar que me hizo sentir que no estaba sola, un lugar donde liberarme; encontré un

objetivo para mis extraordinarias dotes y un poco de estabilidad para mis madres. Pero también descubrí un secreto tan profundo que incluso la amenaza de su revelación había provocado la intervención de una diosa viva y que respiraba.

—Encontré el corazón.

Saqué el vial con el elixir de la vida y lo sostuve al trasluz. El viscoso líquido rojo se pegaba como miel al cristal. La expresión de Circe y de Perséfone se torció hasta convertirse en una máscara de absoluta y pura conmoción. Marie cerró los ojos y agitó la cabeza.

Circe se levantó y se acercó hasta agacharse frente a mí. Mientras sus ojos observaban el vial, pude contemplarla con detalle. Parecía ser tan solo un poco mayor que Ma, aunque por la fecha de nacimiento en su lápida debía tener diez años más. Dos arrugas gemelas rodeaban la comisura de su boca, y unos cuantos rizos, que habían escapado de su pañuelo, mostraban una mezcla de pelo negro y canoso. Tenía el aspecto de alguien que sabía de primera mano lo que era sentirse agotado. Depositó suavemente el elixir en su mano extendida.

—La señora Redmond, Katrina Valek, o comoquiera que se llamara, me obligó a punta de cuchillo a coger el corazón. —Decir su nombre era como formular una maldición, como si pudiera conjurarla del mundo de los muertos para que nos hiciera a mí y a mi familia todavía más daño del que ya había causado—. Me hizo un corte en la mano para que mi sangre cayera sobre él. Y este empezó a latir.

Alcé mi mano vendada. La sangre había empezado a empujar la gasa. La sensación física que el corazón me había causado, mientras la señora Redmond me obligaba a tocarlo con las manos desnudas, aún permanecía en mis huesos. Me dolía.

—Me hizo traerlo hasta aquí —continué—, transfigurarlo, y luego... mató a mi madre.

Las palabras sonaron como si las estuviera pronunciando otra persona. No parecían reales. No quería que lo fueran.

Circe miró a Ma y de nuevo hacia mí.

—Lo... lo siento mucho. —Se echó a llorar. Entonces se rodeó la cintura con los brazos y se meció atrás y adelante como si intentara calmarse—. El corazón no deja nada intacto. Afecta a todo y a todos los que entran en contacto con él. Trae la muerte, aunque no siempre como resultado del veneno que corre por él. Soy incapaz de enumerar todas las muertes de este retorcido árbol familiar causadas por otras personas que han intentado hacerse con él y que no cesan en su empeño. Personas que no cesan de perseguirlo —añadió, secando sus lágrimas.

Nos quedamos así durante un momento, mientras yo trataba de rehacerme de la espiral de dolor y pena. Intenté encontrar las palabras para explicar lo que había sucedido después, pero no podía pensar con claridad.

—Hécate estuvo aquí. —Fue todo lo que pude decir. Confíaba en que tuviera sentido para ella porque aún no lo tenía para mí.

Circe me miró a los ojos, y en ese instante supe que, si bien estaba sorprendida, me creía. Sus grandes ojos marrones centellearon en la penumbra. Posó una mano en mi rodilla.

—¿Se te reveló? ¿Pudiste verla?

Perséfone se apoyó contra la pared como si fuera a caerse.

Asentí.

—Había un gigantesco perro negro con ella. Me dijo que era la madre de Medea, que todos veníamos de ella. Y se llevó a mi madre.

Los dedos de Circe presionaron mi rodilla.

—¿Qué quieres decir con que se la llevó?

—Le pregunté a Hécate si podíamos utilizar el elixir de la vida para traer a mi madre de vuelta, pero me contestó que no funcionaba así. Dijo que retendría a mi madre, y que si encontraba el modo de hacer algo que nunca se había logrado...

Los labios de Circe se abrieron lo suficiente para susurrar en un tono que sonó como el crujido de hojas muertas arrastradas por el viento.

—Quiere que reúnas todas las piezas de Absyrtus.

Ella tenía ya un conocimiento profundo de todas las cosas que yo acababa de descubrir, pero aun así lo pronunció de tal forma que me hizo pensar que era algo imposible.

Me incliné hacia ella.

—¿Podemos hacerlo? —Un nudo subió hasta mi garganta. No sabía si podría soportar más decepciones. Me llevó un instante comprender que su vacilación no era porque lo creyera imposible, sino porque quizá estaba pensando en cómo podríamos conseguirlo—. Es posible, ¿no es cierto? Por favor, dime que hay algo que podamos hacer.

Circe y Perséfone intercambiaron una mirada.

—El Absyrtus completo podría convertirse en el señor de la muerte —explicó—. Puede hacerse, pero no es tan sencillo como suena.

—Y además conlleva algunos sacrificios —intervino Perséfone, sin rodeos—. Ya hemos perdido mucho. El corazón toma y toma, pero ¿qué es lo que da?

—Este no es el momento, Sef —la cortó Circe.

Perséfone retorció una de sus trenzas con el dedo y suspiró, a la vez que asentía.

—Tenemos todo un ciclo completo de la luna para hacer lo que quiera que vayamos a hacer —comenté—. Eso es lo que Hécate dijo.

Perséfone resopló y miró a otro lado.

—Una trampa —afirmó—. ¿Por qué todo tiene que ser tan complicado? No es tiempo suficiente.

El desaliento se apoderó de nuevo de mí. Marie se acercó y se sentó en el brazo del sofá, a mi lado. Empezó a acariciarme el hombro con suavidad.

—Me sorprende verte aquí —le dijo Circe, otra vez en pie.

Ma se enderezó en su asiento y paseó la vista entre Marie y Circe.

—¿Ya os conocéis?

—¿Sorprendida dices? —Marie evitó la pregunta de Ma y mantuvo la vista clavada en Circe—. ¿Por qué?

—No sé lo que has compartido con los demás, pero no actúes como si este lugar no te hubiera destrozado también —espetó Circe—. Creí que te marcharías tan lejos como te fuera posible en cuanto tuvieras la oportunidad.

—No todo es horrible aquí —repuso Marie.

Me miró y sonrió con afecto. Y durante una fracción de segundo pude sentir algo más que no fuera solo pena, lo que agradecí. Apoyé mi cabeza contra la suya.

Circe me observó y luego sus ojos pasaron de Marie a mí, antes de regresar a su asiento en el sofá.

—Marie. ¿Qué es lo que...? —comenzó Perséfone, pero Circe la cortó.

—Déjalo —ordenó—. Tenemos muchas preguntas. Y estoy segura de que vosotras también las tenéis, pero llevo sin dormir casi dos días, apenas puedo mantener los ojos abiertos. —Se volvió hacia mí—. ¿Podrías concederme unas horas de descanso?

Mi primer impulso fue decir que no. No teníamos tiempo para dormir. Necesitábamos encontrar la última parte del corazón para poder traer a Amá de vuelta.

Circe pareció percibir mi vacilación.

—Tú también tienes aspecto de necesitar un buen descanso —indicó.

—No creo que pueda dormir aunque quiera —repuse—. No después de lo que acaba de suceder.

La sangre de Karter —derramada cuando el perro de Hécate le apesó la pantorrilla entre sus fauces— aún seguía húmeda sobre el agrietado suelo de la botica. Las hojas de adelfa probablemente estaban empezando a curvarse. Sentí ganas de vomitar.

—Lo entiendo. Mucho más de lo que puedas imaginar.

Se quitó las gafas y se frotó los ojos antes de volvérselas a poner.

Entonces se giró hacia Ma.

—Puedo asegurarme de que duermas. Sin sueños. Solo descanso. Eso puedo ofrecértelo, si me lo permites.

Ma sollozó silenciosa.

—Por favor —pidió. Si quería un respiro en su agonía, podía tenerlo. Esta no se iría a ninguna parte. Era demasiado cruda, como un nervio expuesto, y cada roce nos hacía dar un brinco.

Me agarré a Ma. Marie, Nyx y Perséfone nos siguieron unos pasos por detrás. Liderábamos una procesión de lágrimas y corazones despedazados que recorrió el vestíbulo hasta lo que quedaba de la botica.

En el interior, Circe echó un vistazo alrededor, pero no dijo nada. Ma no quiso mirar al lugar donde Amá había muerto, pero yo, sin embargo, no podía apartar la vista de él. Los trozos de adelfa yacían esparcidos alrededor de donde se había desplomado. Un intenso dolor se enroscó en mi pecho con tal fuerza que me dejó sin aliento.

Circe examinó los restos astillados de la escalerilla. Algunos de los peldaños se habían partido por el centro y el armazón estaba totalmente desencajado.

—Perséfone, ¿podrías alcanzarme la belladona?

Perséfone asintió, se impulsó con el pie y saltó hasta la pequeña galería que rodeaba la parte alta de la habitación, donde aterrizó con un ruido sordo.

Ma me agarró del brazo y se colocó delante de mí.

Circe se ajustó las gafas.

—Lo siento. Debería haberos advertido.

—¡Desde luego! —gritó Ma—. ¿Cómo ha hecho eso? ¿Qué está pasando?

—Es el corazón —intervine, con intención de tranquilizarla, pero entonces recordé lo extraño que me había resultado ver a Marie usar ese poder la primera vez. Estuve a punto de saltar de un vehículo en marcha después del incidente del cementerio—. El corazón las cambia.

Los ojos de Ma se abrieron de golpe.

—¿Las?

Debía ser sincera con ella.

—A Perséfone y a Marie. —Miré a Circe, que asintió—. Ambas fueron cambiadas por el elixir de la vida hecho con otras partes del corazón.

—¿Qué significa exactamente «cambiadas»? —inquirió Ma.

—Se vuelven más fuertes, más rápidas, más... resistentes de lo que eran antes —contestó Circe.

Resistentes. Supongo que esa era una manera de describir la inmortalidad.

—¿Como... como superhéroes? —preguntó Ma.

—Yo soy definitivamente la villana —bromeó Marie.

Estaba intentando aligerar la atmósfera, pero Ma parecía estar a punto de desmayarse.

Marie hizo una mueca.

—Es broma. No soy tan mala, Ma. Lo prometo.

Ma no dijo nada y me preocupó que estuviera sufriendo algún tipo de *shock*. No conocía la historia de Perséfone, y la de Marie iba a necesitar más que algún comentario de pasada. Pero ahora no teníamos tiempo para eso.

Palmeé con suavidad el brazo de Ma.

—¿Estás bien?

—No, nada está bien —murmuró entre dientes.

Perséfone abrió la pequeña puerta que ocultaba las estanterías con muestras secas de las plantas más letales del jardín, extrajo uno de los tarros y descendió con la misma facilidad que había subido. Tendió el tarro a Circe, quien lo dejó sobre los destrozados restos del mostrador.

—Necesito un poco de agua caliente —indicó.

Perséfone desapareció por el pasillo en dirección a la cocina.

Circe se quitó la chaqueta y la arrojó al suelo. Revolvió entre los escombros y pareció encontrar lo que andaba buscando: uno de los pequeños platos de cobre que el padre de la doctora Grant me pidió que sacara cuando se pasó por la tienda.

Nyx y Marie se quedaron a un lado, mientras yo observaba cómo Circe maniobraba con una confianza que indicaba que sabía lo que estaba haciendo. Sus estilizados dedos trabajaron para

deshacer las partes secas de la belladona en el plato. Luego lo cubrió con sus manos y cerró los ojos. El vello de mi nuca se erizó. Yo no era quien estaba tocando el veneno, pero sabía lo que se sentía. No hizo ni una mueca ni se estremeció. Inhaló y exhaló despacio y rítmicamente.

—¿Crees que eres inmune? —me preguntó Circe de pronto.

—¿Cómo? —repliqué confusa.

—La primera planta venenosa con la que entré en contacto fue la belladona. Mi madre me la dio en una vieja lata de café cuando era pequeña. Me hizo jurar que nunca permitiría que ninguno de mis amigos la tocara. Siento decir que yo no era la niña más obediente del mundo. —Sus ojos se volvieron vidriosos en la oscuridad de la destruida botica—. Podía cultivar la planta, aunque había una conexión que no terminaba de entender del todo. Pensé que era solo otra faceta de mi don: controlar las plantas y no verme afectada por las venenosas.

—A mí no me afectan en absoluto —admití—. Sin duda soy inmune.

Circe sonrió con cariño, pero también percibí tristeza.

—Esa es la impresión que produce desde fuera, pero puedes sentir el frío, ¿no es así? Puedes sentir el hormigueo y el cambio de temperatura cuando entras en contacto con algo tóxico.

Asentí.

—Si fueras inmune, no te afectaría en absoluto, ¿verdad? No sentirías nada.

Nunca lo había pensado de ese modo, pero supongo que tenía razón.

—¿Qué estás insinuando? Porque la savia de la planta de cicuta entró en mi corriente sanguínea. Sostuve el corazón con mis manos desnudas y sentí que estaba muriendo.

Una intensa oleada de dolor y tristeza se asentó en la boca de mi estómago.

Circe presionó la palma de su mano contra la belladona.

—Cuando entras en contacto con plantas venenosas tu cuerpo filtra el veneno. Este entra dentro de ti; en esencia, te convierte

en algo parecido a la propia planta, y por tanto no puede hacerte daño. Cuanto más venenosa sea la planta, más doloroso es. Medea fue la envenenadora con más talento de la historia por dos razones: la primera, porque estudió bajo la tutela de su tía Circe, sin lugar a dudas la bruja más dotada de todas; la segunda, porque heredó los mismos dones que ahora poseemos de Hécate. Eso es lo que permitió a Medea hacer su trabajo con tanta precisión. Y la razón por la que la gente la buscó.

Exhaló con fuerza mientras retiraba su mano y movía los dedos.

—No he asimilado suficiente veneno de belladona para que resulte peligroso —añadió—, pero el sueño va a estar tan cerca de la muerte como se puede soportar sin llegar a caer en brazos de Hades.

Perséfone regresó con la hervidora y cuatro tazas altas en una bandeja de plata. Lo depositó todo sobre el mostrador. Circe vertió un pellizco de belladona en cada una y, luego, las cubrió con agua hirviendo.

Estiré el brazo para coger una taza, pero Ma me agarró de la muñeca.

—Espera. No pretendo ser grosera, pero no te conocemos. —Miró a Circe con recelo—. Me refiero a que acabamos de presentarnos, ¿y ahora quieres darnos una extraña poción que va a dejarnos fuera de combate? Esto es... demasiado, sobre todo para Bri.

Se volvió hacia mí.

—Cariño, tú estás a cargo de lo que sucede aquí. No haremos nada con lo que no te sientas cómoda. Nada ha cambiado en ese sentido.

Por un instante, mis pensamientos regresaron a lo que habría dicho Amá, antes de recordar que ella ya no estaba. Ma me estrechó entre sus brazos mientras nuevas lágrimas brotaban en cascada de mis ojos.

Circe pestañeó y luego estiró el brazo y lo posó sobre el de Ma.

—Creo que tú y yo deberíamos hablar.

Ma me abrazó con fuerza.

—Desde luego. Pero cualquier cosa que quieras decir puedes hacerlo aquí, delante de Bri. ¿Te parece bien, cariño? —preguntó, y me acarició un lado de la cara.

Asentí.

Circe se mordió el labio inferior, se quitó las gafas y las dejó sobre el mostrador.

—No sé bien qué decirles a ninguna de las dos. Siempre pensé que no volvería a ver a Briseis. Selene nunca quiso que ella regresara aquí. Intentó con todas sus fuerzas ahorrarte todo esto.

—Tampoco Bri lo escogió —replicó Ma—. Esa mujer, la tal Redmond, fue la culpable de que viniéramos aquí al principio, pero... —Se detuvo un instante para aclararse la garganta, antes de continuar—. Ha sido muy positivo hasta ahora. Aquí ha podido ser más ella misma, sacar su verdadero yo, y eso es todo lo que siempre quisimos. Es evidente que sabes lo que es capaz de hacer, y nosotras..., Thandie y yo, hicimos cuanto estuvo en nuestras manos para que pudiera ser exactamente quien es. Con sus dones y todo eso. Incluso tenemos una floristería allá en Brooklyn.

Los ojos de Circe se llenaron de lágrimas. Perséfone se separó un poco y se entretuvo recogiendo los tarros del suelo para colocarlos en las pocas estanterías intactas. Nyx bajó la vista al suelo. Era evidente que no quería entrometerse en lo que parecía ser una conversación muy íntima. Marie, sin embargo, ni siquiera se molestó en fingir que no estaba escuchando.

—No quiero que ninguna de vosotras os sintáis incómodas —replicó Circe con voz tensa—. Me reafirmo en lo que dije. La casa es vuestra si la queréis. El que yo haya regresado de entre los muertos puede ser un obstáculo, así que quizá podríamos fingir que aún sigo muerta.

—No sé si podría funcionar —repuso Ma—. Pero escucha. Le he dicho a Bri que no tiene que elegir. Puede aprender más

cosas sobre el lugar de donde viene sin tener que sentir que está pasando por encima de mí. Yo la apoyaré sin importar lo que ocurra. Pero necesito que prometas que vas a respetar eso. Sé sincera con ella, porque desde que estamos aquí he visto cosas que me dicen que todo esto me supera, pero no quiero que la fuerces. Aunque no te conozco bien, estoy segura de que no vas a hacerle daño. Mientras todo siga así, no habrá problemas.

Sonreí. Cuando ya creía que no volvería a hacerlo, sonreí. Ma no permitía juegos cuando se trataba de mí. Eso no había cambiado.

Circe se obligó a sonreír.

—¡Esta muchacha tiene suerte de contar contigo! Y siento que tengas que estar aquí en estas circunstancias, pero estoy de tu lado y voy a hacer cuanto esté en mi mano para ayudaros. No será fácil. Lo que debemos hacer es algo que hasta hace muy poco me parecía imposible.

—Últimamente he visto un montón de cosas imposibles —replicó Ma.

Circe nos pasó a Ma y a mí las infusiones.

—Bebed y descansad. Ya hablaremos más tarde.

Ma cogió la taza y se la bebió en tres grandes sorbos. Se volvió hacia mí y abrió la boca para hablar, pero sus ojos se cerraron y se acurrucó hacia un lado como si hubiera olvidado el modo de permanecer de pie. Perséfone la agarró antes de que cayera al suelo.

—Ha sido rápido —comentó Circe—. El brebaje es fuerte. Estará bien. No te preocupes —aseguró, mientras sus dedos tanteaban la muñeca de Ma y miraba su reloj.

Cogí una taza y la acerqué a mis labios, pero Circe puso la mano sobre ella.

—No funcionará en ti —indicó—. No te afectará en absoluto.

—Eso suponía. —Volví a dejarla donde estaba—. ¿Qué puedo hacer?

Suspiró.

—No mucho. He probado todos los remedios botánicos conocidos para dormir y sigo sin encontrar uno que me funcione.

Marie se acercó y me dio un suave codazo.

—Yo me quedaré contigo. Siempre que me quieras a tu lado. Puedo llamar a Alec y pedirle que te hable. Eso debería dejarte grogui.

Cogí la taza aún humeante y me la bebí entre sorbos. Quizá no sirviera, pero me dije que al menos debía intentarlo. Esperé a que el sueño me venciera, como había ocurrido con Ma, pero tal y como Circe pronosticó, no sentí nada.

—Tenía que intentarlo —alegué.

Circe me mostró una sonrisa.

—Aun así, deberías intentar dormir, si puedes.

Perséfone se volvió, sin dejar de mecer a Ma, y las seguí por el pasillo. Ascendió la escalera, conmigo justo detrás. El cuadro del perro negro me observaba desde la pared. Los ojos de generaciones de la familia Colchis nos contemplaban mientras Perséfone depositaba a Ma en mi cama. Circe se entretuvo a los pies de la escalera y no nos siguió.

Le quité los zapatos a Ma y la tapé con las mantas. Marie se dejó caer en la mecedora junto a la chimenea y yo me acerqué a la ventana cuando Perséfone nos dejó a solas. Una figura se movió en la oscuridad, por el lateral de la casa. El corazón me dio un brinco en el pecho antes de advertir que era Circe, con las dos urnas en las manos. Entrecerré los ojos en la oscuridad y observé cómo se dirigía directa al sendero que llevaba al jardín.

Me quité las zapatillas y me tumbé a los pies de la cama mientras Ma permanecía totalmente inconsciente.

—Circe va a ayudarte, Briseis —comentó Marie, a la vez que recogía su maraña de rizos canosos por detrás del cuello con una goma que llevaba en la muñeca—. Sé que lo hará.

—¿Y qué pasa si no podemos encontrar la última pieza?

No quería que esos pensamientos negativos y terribles se apoderaran de mí, pero no conseguía sacármelos de la cabeza.

Marie no contestó. Y sentí como si fuera un silencioso reconocimiento de que, tal vez, las cosas no saldrían como pretendíamos.

Era posible que me viera obligada a vivir el resto de mi vida sin Amá.

Esa idea volvió a hacerme llorar. Casi de inmediato, Marie se plantó a mi lado y me alzó para que pudiera apoyar mi cabeza en su regazo. Trazó el rastro de mis lágrimas con los dedos. No había mucho más que decir o hacer.

Cerré los ojos.

## ¿TENTARÍAS AL MÁS PELIGROSO DE LOS DESTINOS PARA SALVAR A AQUELLOS QUE AMAS?

Briseis tiene una oportunidad de rescatar a su madre de las garras de la muerte, pero necesitará conseguir lo imposible: encontrar el último fragmento del letal Corazón de Absyrtus. Para localizar la pieza perdida, deberá confiar en unas parientes a las que nunca ha visto, aprender todo sobre sus poderes secretos y ocupar su lugar en el antiguo linaje.

Pero Briseis no es la única que desea el Corazón, y sus enemigos no se detendrán ante nada para lograr sus propios y despiadados planes. Las parcas han augurado un viaje realmente peligroso, uno que puede acabar en más dolor y más muerte. Fortalecida por esa hermandad de magia antigua, ¿podrá Briseis enarbolar su poder para salvar a la gente que más quiere?

**Kalynn Bayron**, autora superventas de *Cenicienta ha muerto*, regresa a la historia de Briseis y la magia única de su familia en la continuación de *Este corazón venenoso*.



**FANDOM BOOKS**

[www.fandombooks.es](http://www.fandombooks.es)